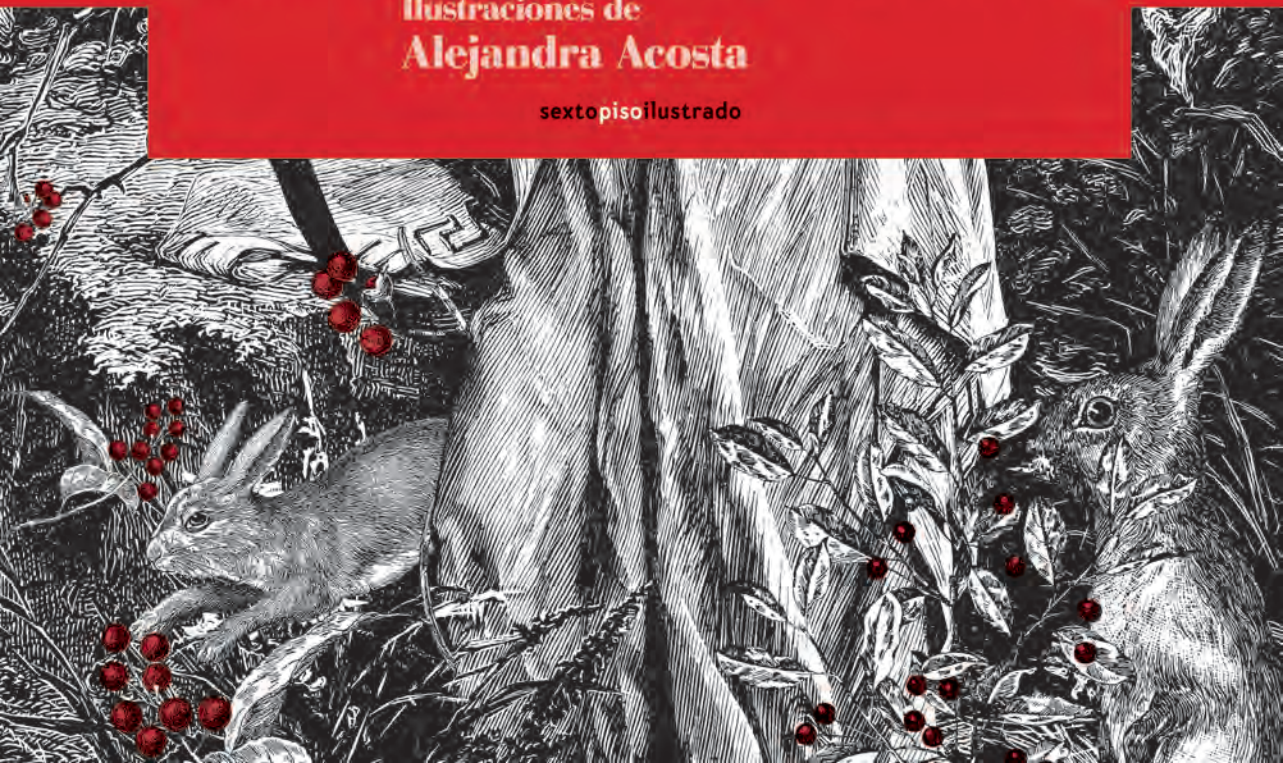




**La cámara sangrienta** **Angela Carter**

Ilustraciones de  
**Alejandra Acosta**

sextopisoilustrado



# La cámara sangrienta

ANGELA CARTER

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRA ACOSTA

TRADUCCIÓN DE JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Bloody Chamber*

Copyright: © Angela Carter, 1979

Primera edición: 2014

Ilustraciones  
© ALEJANDRA ACOSTA

Traducción  
© JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sexto piso.com](http://www.sexto piso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación  
GRAFIME

Impresión  
GRACEL

ISBN: 978-84-15601-56-2  
Depósito legal: M-7037-2014

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

## ÍNDICE

La cámara sangrienta	9
El cortejo del señor León	55
La novia del tigre	71
El gato con botas	93
El rey de los tragos	115
La niña de nieve	125
La dama de la casa del amor	129
El hombre lobo	149
La compañía de los lobos	153
Lobalicia	167

## LA CÁMARA SANGRIENTA

Recuerdo que, aquella noche, yací despierta en el coche cama en un estado de tierna y deliciosa agitación, con las mejillas ardiendo contra el impecable lino de la almohada y el corazón imitando en sus latidos los grandes pistones que empujaban incesantemente el tren que me arrastraba lejos de París, lejos de la infancia, lejos de la blanca y reclusa quietud del piso de mi madre, hacia el país imprevisible del matrimonio.

Y recuerdo haber pensado que, en aquel mismo momento, mi madre se estaría moviendo lentamente por la angosta habitación que yo había dejado atrás para siempre y que estaría doblando y guardando mis viejas reliquias, las prendas caídas que yo no volvería a necesitar, las partituras que no tuvieron espacio en mis baúles y los programas de conciertos que había abandonado; se entretendría en esta cinta rota y aquella fotografía desvaída con todas las emociones mitad felices y mitad tristes de una mujer en el día de la boda de su hija. Y, en mitad de mi triunfo nupcial, sentí la punzada de la pérdida como si, en el instante en que él me pusiera el anillo en el dedo y me convirtiera en esposa, yo fuera a dejar de ser, en cierto sentido, hija.

—¿Estás segura? —dijo mi madre cuando me llevaron la caja gigantesca que contenía el vestido de novia que él me había comprado, envuelto en papel de seda y cinta roja como un regalo navideño de fruta confitada—. ¿Estás segura de que lo amas? También había un vestido para ella, de satén negro, con el lustre apagado y refractivo del aceite en el agua, más fino que nada de lo que había llevado desde su infancia llena de aventuras en Indochina, como hija del rico hacendado de una plantación de té. Mi madre indomable, de facciones de águila. ¿Qué otra estudiante del conservatorio se podía jactar de que su madre se había enfrentado a un barco de piratas chinos, había ejercido de enfermera en un pueblo con un brote de peste y disparado a un tigre devorador de hombres antes de llegar siquiera a mi edad?

—¿Estás segura de que lo amas?

—Estoy segura de que quiero casarme con él —contesté.

Y no dije más. Ella suspiró, como si la renuencia fuera la clave con la que por fin podría expulsar al fantasma de la pobreza de su sitio habitual en nuestra exigua mesa. No en vano, mi madre se había arruinado desafiante, escandalosa y gustosamente por amor. Y un buen día, su galante caballero no volvió de las guerras; dejó a su esposa y a su hija un legado de lágrimas que nunca se llegaron a secar del todo, una caja de puros llena de medallas y un viejo revólver de servicio que mi madre, convertida en una mujer magníficamente excéntrica por las penurias, llevaba siempre en el bolso, por sí —cuánto le tomaba yo el pelo— la asaltaban mientras volvía de la tienda de ultramarinos.

De vez en cuando, una explosión de luz salpicaba las cortinillas echadas del vagón, como si la compañía de ferrocarriles hubiera iluminado todas las estaciones por donde pasábamos en honor a la novia. Mi camisón de satén acababa de ser liberado de su envoltura; se había posado sobre mis hombros y mis pechos jóvenes y puntiagudos, leve como una prenda de agua pesada, y ahora me acariciaba con picardía, flagrante, insinuante, abriéndose paso entre mis muslos mientras yo me movía sin sosiego en la estrecha litera. El beso de mi esposo, su beso con lengua y dientes y el roce de una barba, me había insinuado la noche de bodas con el mismo tacto exquisito del camisón que me había regalado; una noche de bodas que se aplazaría voluptuosamente hasta que yacíamos en su antigua y fabulosa cama, en un dominio situado en una cumbre y rodeado por el mar que todavía escapaba a mi imaginación... aquel lugar mágico, el castillo de hadas con muros de espuma, la morada legendaria donde él había nacido. El lugar donde, algún día, yo le daría un heredero. Nuestro destino, mi destino.

Tras el clamor sincopado del tren, yo podía oír su respiración tranquila y regular. La puerta que comunicaba los compartimentos era lo único que me separaba de mi marido, y estaba abierta. Si me incorporaba un poco, mis ojos podían ver la oscura y leonina forma de su cabeza y mi nariz captar una ráfaga del opulento olor masculino a cuero y especias que siempre lo acompañaba y que, a veces, durante el noviazgo, había sido la única pista de su paso por el salón de mi madre; porque, a pesar de ser un hombre grande, caminaba con tanta suavidad como si sus zapatos tuvieran la suela de terciopelo, como si sus pisadas convirtieran la alfombra en nieve.

Le encantaba sorprenderme en mi soledad abstraída frente al piano. Les pedía que no anunciaran su presencia y, a continuación, abría silenciosamente la puerta, se acercaba sigilosamente por detrás con un ramo

de flores de invernadero o una caja de *marron glacé* que dejaba sobre las teclas y me tapaba los ojos con las manos mientras yo seguía perdida en un preludio de Debussy. Pero ese aroma a cuero especiado lo traicionaba siempre. Tras mi desconcierto inicial, me veía obligada a fingirme sorprendida para no decepcionarlo.

Era mayor que yo; mucho mayor que yo. Tenía pinceladas de plata en la oscura melena. Pero su extraño, tosco y casi céreo rostro no mostraba las arrugas de la experiencia. Más bien, parecía que la experiencia lo hubiera suavizado; como una piedra en una playa, erosionadas sus fisuras por las sucesivas mareas. Y en ocasiones ese rostro, en calma cuando él me oía tocar alguna pieza, con los pesados párpados echados sobre unos ojos que siempre me habían perturbado por su falta de luz, aquel rostro me parecía una máscara; yo tenía la sensación de que su rostro real, el rostro que verdaderamente reflejaba la vida que había llevado en el mundo antes de que nos conociéramos, antes incluso de que yo naciera, estaba oculto bajo esa máscara. O si no, en otra parte. Como si hubiera dejado a un lado el rostro con el que había vivido durante tanto tiempo para ofrecer a mi juventud un rostro sin la marca de los años.

Y, en otra parte, yo podría verlo sin máscara. En otra parte. Pero ¿dónde?

Quizá, en aquel castillo hacia el que nos llevaba el tren, aquel castillo maravilloso donde había nacido.

No abandonó su pesada y carnosa compostura ni siquiera cuando me pidió que me casara con él y yo dije: «Sí». Sé que parecerá una analogía peculiar, comparar a un hombre con una flor, pero a veces me parecía un lirio. Sí. Un lirio. En posesión de la extraña e inquietante calma de un vegetal consciente, como uno de esos lirios fúnebres, con cabeza de cobra, cuyos pétalos blancos y rizados son tan gruesos y tensamente flexibles al tacto como el papel vitela. Cuando le dije que me casaría con él, no se movió ni un músculo de su cara; pero soltó un suspiro largo y apagado. Yo pensé: «¡Ah, cuánto me debe de desear!» . Y sentí como si el peso imponderable de su deseo fuera una fuerza que yo no podría resistir; no en virtud de su violencia, sino por su propia gravedad.

Ya había dispuesto el anillo en una caja de cuero forrada de terciopelo carmesí; un ópalo rojo del tamaño de un huevo de paloma, engarzado a un intrincado círculo de oro viejo y oscuro. Mi vieja niñera, que seguía viviendo con mi madre y conmigo, entrecerró los ojos con recelo; dijo

que los ópalos daban mala suerte. Pero ese ópalo había sido el anillo de su madre, de su abuela, de la madre de su abuela, un regalo de Catalina de Medici a uno de sus antepasados... todas las novias que llegaban al castillo lo llevaban puesto, en todas las épocas. «¿Y qué había hecho?», preguntó la vieja groseramente. ¿Se lo había dado a sus otras esposas y se lo había quitado después? Pero era una esnob; ocultaba su alegría incrédula por mi golpe matrimonial —yo era su marquesita— tras una fachada criticona. «Anda, ven aquí», me tocó. Yo me encogí de hombros y le di la espalda con aspereza. No quería recordar que él había amado a otras mujeres antes que a mí, aunque la conciencia de ese hecho con frecuencia pusiera a prueba mi gastada confianza en las madrugadas.

Yo tenía diecisiete años y no sabía nada del mundo. Mi marqués se había casado antes, más de una vez, y aún me desconcertaba un poco que, después de esas otras, me hubiera elegido a mí. De hecho, ¿no seguía de luto por su última mujer? Mi vieja niñera chasqueó la lengua. Hasta mi madre se había mostrado reacia a que un hombre que había enviudado tan recientemente se llevara a su hija. Una condesa rumana, una dama de la alta sociedad. Muerta tres meses antes de que yo lo conociera. Un accidente en un barco, en su casa, en Bretaña. No llegaron a encontrar su cadáver, pero hurgué entre las revistas atrasadas que mi vieja niñera guardaba en un baúl, debajo de la cama, y encontré una fotografía suya. El hocico afilado de un mono bonito, astuto, travieso; tanta potencia y singular encanto en una cosa oscura y brillante, salvaje pero refinada, cuyo hábitat natural debía de haber sido el lujoso interior de una jungla de decorador llena de palmeras en tiestos y periquitos dóciles y chillones.

¿Y antes de ella? Su cara es propiedad pública. Todo el mundo la había pintado, pero a mí me gustaba especialmente en un grabado de Redon, *La estrella de Venus caminando por el borde de la noche*. Al admirar su gracia enigmática y esquelética, nadie habría pensado que había sido camarera de un café de Montmartre hasta que Puvis de Chavannes la vio y le hizo que mostrara sus senos planos y sus muslos largos a su brocha. Y, no obstante, fue el ajeno lo que la condenó. O eso dijeron.

¿Y la primera de sus damas? Una diva suntuosa. La niña musicalmente precoz que yo había sido la oyó cantar *Isolda*. Me habían llevado a la ópera como regalo de cumpleaños. Mi primera ópera, y la oí cantar *Isolda*. ¡Con qué pasión al rojo blanco había ardidido en el escenario! Tanta que todos sabían que moriría joven. Nos sentamos en lo alto, a mitad de



camino del cielo de los dioses, y aun así me cegaba. Y mi padre, que seguía con vida (oh, cuánto tiempo ha pasado), apretó mi delicada y pequeña mano para animarme, en el último acto, aunque yo no sentía nada salvo la gloria de aquella voz.

Casado tres veces durante mi corta vida con tres gracias distintas, ahora me invitaba a unirme a su galería de bellas mujeres como para demostrarme el eclecticismo de su gusto. Yo, la hija de la viuda pobre, con mi pelo de color ratón que aún tenía las ondas de las trenzas de las que se había liberado recientemente; con mis caderas huesudas y mis nerviosos dedos de pianista.

Era rico como Crespo. La noche anterior a la boda —un acto sencillo, en la *Mairie*, porque su condesa había fallecido hace poco—, nos llevó a mi madre y a mí, curiosa coincidencia, a ver *Tristán*. Y habéis de saber que mi corazón se hinchó y me dolió de tal modo durante el «Liebestod» que pensé que estaba verdaderamente enamorada de él. Sí. Es verdad. Agarrada de su brazo, todas las miradas se volvieron hacia mí. La cuchicheante multitud del vestíbulo se separó como el Mar Rojo para dejarnos pasar. Mi piel ardía bajo su piel.

¡Cómo habían cambiado mis circunstancias desde la primera vez que oí esos acordes voluptuosos que arrastran tal carga de pasión mortal! En el entreacto, nos sentamos en una salita, en sillones de terciopelo rojo, y un lacayo de peluca trenzada nos trajo una cubeta de plata con champán helado. Cuando la espuma rebasó el borde de mi copa y me empapó los dedos, yo pensé: «Tengo más de lo que necesito». Y llevaba un vestido de Poiret. Había convencido a mi reacia madre para que le permitiera comprarme el ajuar. En caso contrario, ¿qué habría llevado yo? Ropa interior dos veces zurcida, guinga desgastada, faldas de sarga, cosas usadas. Así que, para ir a la ópera, me puse un vestido sinuoso de muselina blanca atado con un cordel de seda bajo los senos. Y todo el mundo me miraba. A mí y a su regalo de bodas.

Su regalo de bodas, alrededor de mi garganta. Una gargantilla de rubíes, de cuatro dedos de ancho, como una garganta cortada extraordinariamente bella.

Tras el «Terror», en los primeros días del Directorio, los aristócratas que habían escapado a la guillotina adquirieron la irónica y pasajera costumbre de atarse una cinta roja justo en el lugar donde la hoja les habría cortado el cuello; una cinta roja como el recuerdo de una

herida. Y a la abuela de mi esposo le había gustado tanto la idea que se había hecho una cinta de rubíes. ¡Qué gesto de lujoso desafío! Aquella noche en la ópera insiste en volver a mi memoria incluso ahora... El vestido blanco, la frágil niña bajo el vestido y las deslumbrantes joyas de color carmesí en su garganta, intensas como la sangre arterial.

Lo vi observándome en los espejos de marcos áureos, como un entendido que examina caballos o incluso a una esposa en una feria, inspeccionando el corte en la mesa de autopsias. Hasta entonces, yo no había visto o al menos no había reconocido aquella mirada de pura avaricia carnal, magnificada por el monóculo que llevaba en el ojo izquierdo. Cuando lo vi mirándome con lujuria, bajé los ojos; pero, al apartarlos de él, me vi a mí misma en el espejo. Y, de repente, me vi como él me veía; mi cara pálida, la forma en que sobresalían los músculos de mi cuello, como alambres finos. Me di cuenta de hasta qué punto se había apropiado de mí aquella cruel gargantilla. Y por primera vez en mi inocente y limitada vida, descubrí en mí tal potencial para la corrupción que me quedé sin aire.

Al día siguiente, nos casamos.

El tren aminoró la marcha y se detuvo en seco. Luces, ruidos metálicos, una voz anunciando el nombre de una estación desconocida, nunca visitada; el silencio de la noche, el ritmo de la respiración de mi esposo, con el que ahora dormiría hasta el final de mi existencia. Y yo no podía dormir. Me levanté furtivamente, aparté la cortinilla un poco y me apreté contra la fría ventana, que se empañó con el calor de mi aliento. Miraba el oscuro andén hacia aquellos rectángulos de farolas domésticas que prometían afecto, compañía, una cena a base de salchichas siseando en una sartén para el jefe de estación, sus niños ya acostados en el edificio de ladrillo con las contraventanas pintadas... Toda la parafernalia del mundo cotidiano del que yo, con mi sensacional matrimonio, me había autoexiliado.

Al matrimonio, al exilio. Yo sentí, supe, que, en lo sucesivo, siempre estaría sola. Pero eso formaba parte del peso ya familiar del ópalo de fuego que brillaba como la bola mágica de una gitana, tanto que no podía apartar los ojos de él cuando tocaba el piano. Este anillo, la venda ensangrentada de los rubíes, la colección de ropa de Poiret y Worth, el



aroma de mi esposo a cuero ruso... Todo ello se confabuló para seducirme de un modo tan absoluto que no podía decir que sintiera el menor arrepentimiento ante el mundo de *tartines* y *maman* que ahora se alejaba de mí como arrastrado por un cordel, como el juguete de un niño, mientras el tren volvía a vibrar como emocionándose por adelantado de la distancia a la que me llevaría.

Las primeras serpentinas grises del alba atravesaban el cielo, y una penumbra extraña se filtró en el compartimento. No noté cambio alguno en su respiración, pero mis avivados y alborotados sentidos me dijeron que estaba despierto y que me miraba. Un hombre enorme, un hombre gigantesco, y sus ojos oscuros e inmóviles como los ojos de los antiguos egipcios pintados en sus sarcófagos, clavados en mí. Sentí una tensión en la boca del estómago al ser observada en aquel silencio. Raspó una cerilla. Estaba encendiendo un Romeo y Julieta ancho como el brazo de un bebé.

«Pronto», dijo con su voz resonante como el tañido de una campana, y yo sentí de súbito una aguda premonición de horrores que sólo duró mientras ardió la cerilla y vi la blanca y ancha cara de mi esposo como si flotara por encima de las sábanas, separada del cuerpo e iluminada desde abajo como una grotesca máscara de carnaval. Luego, la llama se apagó y el puro brilló y llenó el compartimento con una fragancia reminiscente que me hizo pensar en mi padre, en cómo me abrazaba entre la cálida nube de un habano cuando yo era una niña, antes de besarme, de abandonarme y de morir.

En cuanto mi marido me ayudó a bajar del alto escalón del tren, noté la salinidad líquida del océano. Era noviembre; los árboles, raquíuticos por los vendavales del Atlántico, estaban sin hojas y el apeadero, en soledad, vacío salvo por la presencia de un chófer con polainas de cuero que esperaba mansamente junto a un pulcro y negro automóvil. Hacía frío; me arropé con mis pieles: un abrigo blanco y negro con anchas listas de armiño y marta y un cuello desde el que mi cabeza se alzaba como el cáliz de una flor silvestre. (Os lo juro, no fui presumida hasta que lo conocí). La campana repicó; el impaciente tren se liberó de su correa y nos dejó en aquel solitario apeadero adyacente a un camino donde sólo nos habíamos bajado él y yo. Ah, qué maravilla que aquel poder de hierro y vapor se hubiera detenido sólo por conveniencia de mi esposo. El hombre más rico de Francia.

—*Madame.*

El chófer me miró. ¿Me estaba comparando odiosamente con la condesa, la modelo de artistas, la cantante de ópera? Me escondí tras mis pieles como si fueran un sistema de suaves escudos. A mi esposo le agradaba que llevara el ópalo por encima del guante, una trampa teatral y fanfarrona... pero, en el momento en que el irónico chófer vislumbró su destello, sonrió como si estuviera ante una prueba fehaciente de que yo era la esposa de su señor. Y viajamos hacia el alba que se expandía y que ya veteaba medio firmamento con un ramo invernal de rosa de rosas y naranja de lirios atigrados, como si mi esposo le hubiera pedido a una florista que me preparara un cielo. El día estalló a mi alrededor como un sueño frío.

Mar, arena, un cielo que se une con el mar: un paisaje de empañados tonos pasteles que en todo momento parecen a punto de fundirse. Un paisaje con todas las armonías delicuescentes de Debussy, de los *études* que yo había tocado para él cuando nos conocimos, tan absorta aquella tarde en el salón de una princesa, entre tazas de té y pastelitos; yo, la huérfana, contratada por caridad para darles su digestivo de música.

Y ¡ah...! Su castillo. La hadada soledad del lugar, con las torres de azul neblinoso, el patio, el portalón coronado de puntas. Su castillo, que descansaba en el mismísimo seno del mar con gaviotas que chillaban en sus desvanes, ventanas abiertas al verde y al morado y fugaces retiradas del océano. Su castillo, sometido a las mareas que lo aislaban de tierra firme durante medio día... Un hogar que no estaba ni en la tierra ni en el mar, un sitio misterioso y anfibio que infringía la materialidad de la tierra y de las olas con la melancolía de las ninfas que se sientan en una roca y esperan incesantemente a un amante que se ahogó muy lejos, hace mucho tiempo. ¡Qué triste y precioso lugar de sirenas!

La marea estaba baja; a esa hora, tan temprano en la mañana, el paso elevado se alzaba sobre el mar. Cuando el automóvil atacó el adoquinado mojado entre los lentos márgenes de agua, mi esposo me tomó de la mano que llevaba su sofocante y nigromántico anillo, me apretó los dedos y me besó la palma con una ternura extraordinaria. Su rostro se mostraba tan impasible como de costumbre, inmóvil como un estanque congelado; pero sus labios, que siempre parecían tan extrañamente rojos y desnudos bajo los flecos negros de su barba, se curvaron un poco. Sonrió; dio a la novia la bienvenida a casa.

Ninguna habitación, ningún corredor que no crujiera con el sonido del mar; y los techos, las paredes donde se alineaban en orden sus antepasados de ropa severa, ojos oscuros y caras blancas, salpicados por la luz refractada por las olas que estaban siempre en movimiento. Aquel castillo luminoso y susurrante del que yo era la castellana; yo, la pequeña estudiante de música cuya madre había vendido todas sus joyas, incluida su alianza, para pagar la matrícula del conservatorio.

En primer lugar, estuvo la dura prueba de mi audiencia inicial con el ama de llaves, que mantenía esa máquina extraordinaria, ese navío oceánico anclado y almenado en perfecto funcionamiento, estuviera quien estuviera en el puente. ¡Cuán endeble, pensé, será mi autoridad aquí! Bajo el tocado impecablemente almidonado de lino blanco, típico de la región, tenía una cara insulsa, pálida, impasible y desagradable. Su saludo, correcto pero exánime, me estremeció. En mis fantasías, me había atrevido a esperar demasiado de mi estatus... Durante un segundo, me pregunté cómo podría sustituirla por mi vieja niñera, tan querida y tan acogedoramente inepta. ¡Intrigas mal meditadas! Él me había dicho que el ama de llaves había sido su madre adoptiva y que estaba ligada a su familia por la más feudal de las complicidades. «Es tan parte de la casa como yo, querida». Ahora, sus finos labios me ofrecieron una sonrisita orgullosa. Sería mi aliada mientras yo fuera aliada de él. Y con eso me debía contentar.

Pero aquí sería fácil contentarse. Desde la suite de la torre que me había dado para mi uso exclusivo, podía admirar el tumultuoso Atlántico e imaginarme la Reina del Mar. En la sala de música había un Bechstein para mí y, en la pared, otro regalo de bodas: una primitiva pintura flamenca de santa Cecilia en su órgano celestial. En el encanto gazmoño de aquella santa, con sus mejillas regordetas y cetrinas y su ondulado cabello castaño, me vi a mí misma como habría deseado ser. Me reconforté en la sensibilidad afectuosa que, hasta entonces, no había sospechado en mi marido. Luego, él me llevó por una delicada escalera de caracol hasta mi dormitorio y, antes de marcharse discretamente, el ama de llaves le hizo reír con lo que parecía ser —me atrevo a decir— una bendición lasciva para recién casados, que pronunció en su idioma natal, el bretón. Que yo no entendí. Que él, sonriendo, se negó a traducirme.

Y allí estaba la enorme cama matrimonial heredada, casi tan grande como la minúscula habitación de mi casa, con sus cortinas de

gasa blanca que se inflaban con la brisa marina y sus gárgolas labradas en sus superficies de ébano, hojas doradas y barniz bermellón. Nuestra cama. ¡Y rodeada de tantos espejos! Espejos en todas las paredes, en los regios marcos de oro tortuoso, reflejando más lirios blancos de los que yo había visto en toda mi vida. Había llenado la habitación con ellos para dar la bienvenida a la novia, la joven novia. La joven novia, que se había convertido en la multitud de muchachas que yo veía en los espejos, idénticas en sus distinguidos trajes de color azul marino hechos a medida, para viajar, *madame*, o pasear, Una criada se había encargado de mis pieles. En lo sucesivo, una criada se encargaría de todo.

—¿Lo ves? —Él señaló a todas esas jóvenes elegantes—. ¡Me he buscado un harén para mí solo!

Descubrí que yo estaba temblando. Respiraba con dificultad. No podía mirarlo a los ojos, así que aparté la vista por orgullo, por timidez, y vi que una docena de maridos se acercaba a mí en una docena de espejos y me desabrochaba lenta, metódica y socarronamente los botones de la chaqueta, que apartó de mis hombros. ¡Basta! ¡No! ¡Más! La falda fue lo siguiente y, después, la blusa de lino color albaricoque y que costó más que el vestido que me puse en la primera comunión. Las olas que jugaban afuera, bajo el frío sol, se reflejaron en su monóculo. Sus movimientos parecían ser deliberadamente toscos, vulgares. La sangre se me volvió a subir a la cara y se quedó allí.

Pero, no obstante, supuse que debía ser así; que se debía despojar formalmente a la novia de sus vestiduras, un ritual de burdel. Aun criada como había estado entre algodones, ¿cómo era posible que nunca hubiera oído ni una pista del mundo de mi esposo, ni siquiera en el mundo de bohemia remilgada en el que yo vivía?

Me desnudó, glotón como era, como si estuviera arrancando las hojas de una alcachofa; pero no imaginéis demasiado refinamiento en aquel acto; ni esta alcachofa era un capricho especial para la cena, ni él sentía todavía un ansia voraz. Se acercó a su familiar capricho con un apetito cansado. Y cuando no quedó nada salvo mi corazón palpitante y escarlata, vi en un espejo la imagen viva de un aguafuerte de Rops perteneciente a la colección de mi esposo, que me había enseñado cuando nuestro compromiso matrimonial nos permitió quedarnos a solas... La niña de las extremidades como palos, desnuda salvo por sus botas de botones y sus guantes, tapándose la cara con una mano como si ésta

fuera el último depositario de su modestia; y el viejo verde del monóculo que la examinaba, extremidad por extremidad. Él, en su traje londinense; ella, desnuda como una chuleta de cordero. El más pornográfico de todos los enfrentamientos. Y así, mi comprador desarrolló su garga. Y, al igual que en la ópera, cuando vi por primera vez mi carne en sus ojos, me horroricé al sentir mi propia agitación.

Enseguida, me cerró las piernas como si fueran un libro y yo volví a ver el raro movimiento de sus labios, que indicaba que estaba sonriendo.

—Todavía no. Más tarde. La expectativa es la parte más importante del placer, amorcito.

Y yo empecé a temblar, como un pura sangre antes de una carrera, pero también con una especie de miedo, porque sentía una extraña e impersonal excitación ante la idea del amor y, al mismo tiempo, una repugnancia que no podía reprimir ante la blanca y grosera carne de mi marido, tan parecida a los brazados de lirios de agua que llenaban los grandes jarrones de cristal de mi dormitorio, esas calas de pompas fúnebres que te empolvan los dedos como si los hubieras metido en cúrcuma. Los lirios que siempre asocio a él, que son blancos. Y que manchan.

Esa escena de una vida voluptuosa terminó de forma abrupta. Resultó que tenía negocios que atender; sus propiedades, sus empresas... ¿Hasta en tu luna de miel? Hasta en mi luna de miel, respondieron los labios rojos que me besaron antes de que él me dejara a solas con los sentidos desconcertados: un roce húmedo y sedoso de su barba, una insinuación de la punta afilada de su lengua. Contrariada, me puse un *négligé* de puntilla para tomar el pequeño desayuno de chocolate caliente que la doncella me llevó. Después, siendo como era para mí una segunda naturaleza, no encontré más sitio adonde ir que la sala de música, donde me senté delante de mi piano.

Sin embargo, de mis dedos sólo surgió una serie de acordes disonantes, fuera de tono... sólo un poco desafinados; pero yo había sido agraciada con una sensibilidad perfecta y no soporté la idea de tocar más. La brisa marina es mala para los pianos. ¡Precisaremos de un afinador residente en el castillo si he de continuar con mis estudios! Cerré la tapa de golpe, en un pequeño acceso de furia y decepción. ¿Qué puedo hacer ahora, a qué dedicaré las largas horas iluminadas por el mar hasta que mi esposo se acueste conmigo?

Me estremecí al pensar en *eso*.



Su biblioteca parecía ser la fuente de su habitual olor a cuero ruso. Fila tras fila de ejemplares forrados en becerro, aceitunados y marrones, con letras doradas en los lomos; y los de tamaño octavilla, forrados en un tafilete brillante y escarlata. Un sofá de cuero con botones profundamente hundidos. Un atril, tallado en forma de águila con las alas extendidas, que sostenía un ejemplar del *Allá lejos* de Huysmans; era de alguna edición reservada y súper exquisita y lo habían encuadernado como si fuera un misal, en latón y con gemas de cristales de colores. Las anchas alfombras del suelo, de intensos y profundos azules como el cielo y rojos como la sangre del corazón más querido, procedían de Isfahán y Bujará; los oscuros paneles relucían; se oía la arrulladora música del mar y un fuego con leña de manzano.

Las llamas se reflejaban y titilaban en una vitrina de puertas de cristal, sobre los lomos de los libros aún prietos y nuevos que contenía. Eliphaz Lévi, cuyo nombre no me resultó familiar. Eché una miradita a un par de títulos, *La iniciación*, *La llave de los misterios*, *El secreto de la caja de Pandora* y bostecé. Allí no había nada de interés para una joven de diecisiete años que esperaba su primer abrazo. Habría preferido una novela de folletín; quería acurrucarme delante del fuego y perderme en una narración barata, masticando empalagosos bombones de licor. Si llamaba a una doncella, me los llevaría.

No obstante, abrí las puertas de la vitrina, sin nada mejor que hacer, por curiosidad. Y creo que supe, por un cosquilleo en la punta de los dedos, incluso antes de abrir aquel ejemplar delgado y sin título en el lomo, lo que encontraría en su interior. ¿Acaso no era cierto que, cuando él me enseñó el Rops que tanto valoraba y que había adquirido recientemente, insinuó que era un entendido en tales asuntos? Pero yo no esperaba algo así; la muchacha con lágrimas aferradas a sus mejillas como perlas engarzadas; su coño un higo cortado entre los grandes globos de sus nalgas, sobre las que estaban a punto de caer las colas nudosas de un látigo; un hombre de máscara negra que con la mano que tenía libre se toqueteaba la verga, curvada hacia arriba como la cimitarra que llevaba. La ilustración tenía una leyenda: «Reprobación de la curiosidad». Mi madre, con toda la precisión de su carácter excéntrico, me había hablado de lo que hacían los amantes; yo era inocente, pero no ingenua. Según la guarda del libro, *Las aventuras de Eulalia en el harén del gran turco*, una rara pieza de coleccionista, se habían impreso en Ámsterdam en 1748.

¿Sería que algún antepasado suyo lo había adquirido en aquella ciudad norteña? ¿O lo habría comprado mi esposo en alguna de las polvorientas y pequeñas librerías de la orilla izquierda, donde un viejo te escruta tras unos anteojos de dos dedos de ancho, desafiándote a inspeccionar su mercancía? Pasé las páginas esperando sentir miedo; los grabados eran herrumbrosos. Encontré otro aguafuerte: «Inmolación de las esposas del sultán». Por lo que vi en aquel libro, comprendí lo suficiente como para soltar un grito ahogado.

Hubo una cáustica intensificación del olor a cuero que bañaba la biblioteca. La sombra de mi esposo cayó sobre la masacre.

—Mi monjita ha encontrado el libro de oraciones, ¿verdad? —preguntó, con una curiosa mezcla de sarcasmo y placer. Luego, al ver mi doloroso y febril desconcierto, soltó una carcajada, me arrancó el libro de las manos y lo dejó en el sofá.

—¿Es que esas láminas tan terribles han asustado a la niña? La niña no debería jugar con juguetes de mayores hasta que haya aprendido a manejarlos, ¿no crees?

Entonces, me besó. Y, esta vez, sin reticencias. Me besó y me puso una mano imperativa en un seno, por debajo de la vaina de encaje. Yo di un traspie en la sinuosa escalera que llevaba al dormitorio, a la áurea cama de madera tallada donde él había sido concebido. Farfullé tontamente:

—Todavía no hemos almorzado y, además, estamos a plena luz del día...

—Así te veré mejor.

Me hizo ponerme la gargantilla, la reliquia familiar de una mujer que había escapado del acero. Con dedos temblorosos, me abroché el objeto alrededor del cuello. Estaba frío como el hielo y me dio un escalofrío. Él me enroscó el pelo en una coleta y la alzó por encima de mis hombros para acceder mejor al sedoso surco de detrás de mis orejas y besarlo, lo cual me estremeció. Y también besó los resplandecientes rubíes; los besó antes de besar mi boca. Embelesado, recitó: «De su atavío conservó / sólo sus sonoras alhajas».

Una docena de esposos empaló a una docena de esposas mientras las lloriqueantes gaviotas se columpiaban en trapecios invisibles en el aire vacío del exterior.

Volví en mí debido al insistente timbre del teléfono. Él yacía a mi lado, derribado como un roble, respirando estentóreamente, como si hubiera estado luchando conmigo. En el transcurso de aquel combate unilateral, yo había visto que su sepulcral compostura se hacía añicos como un jarrón de porcelana arrojado contra una pared; yo le había oído gritar y blasfemar en el orgasmo; yo había sangrado. Y, tal vez, lo había visto sin su máscara; o tal vez no. Pero me había quedado infinitamente alborotada por la pérdida de mi virginidad.

Recuperé el aplomo, me incliné sobre el aparador de *cloisonné* que ocultaba el teléfono y levanté el auricular. Era su agente de Nueva York. Urgente.

Lo desperté, me di la vuelta y cerré los brazos sobre mi cansado cuerpo. Su voz zumbó como un enjambre de distantes abejas. Mi esposo. Mi esposo, que con tanto amor había llenado mi dormitorio de lirios hasta convertirlo en algo semejante a una sala de embalsamar. Aquellos lirios somnolientos que agitaban sus pesadas cabezas, distribuyendo su reminiscencia insolente y suntuosa de carne mimada.

Cuando terminó de hablar con su agente, se giró hacia mí y acarició la gargantilla de rubíes que me mordía el cuello; pero lo hizo con tanta ternura que soporté el dolor. Y luego me acarició los senos. «Querida mía, mi amorcito, mi niña, ¿he hecho daño a esa mujer? Él lo siente tanto, es tan impetuoso, no lo puede evitar; es que la quiere tanto...». Y aquel recitativo de amante desató mis lágrimas. Me aferré a él como si el que me había infligido el dolor fuera el único que me pudiera consolar por haberlo sufrido. Durante un rato, me susurró con una voz que yo no había oído antes, una voz como el suave bálsamo del mar. Pero después, desenredó mi pelo de los botones de su batín, me dio un brioso beso en la mejilla y me dijo que el agente de Nueva York lo había llamado por un asunto de negocios tan urgente que se debía marchar en cuanto la marea estuviera suficientemente baja. ¿Marcharse del castillo? ¡Marcharse de Francia! Y estaría fuera durante, al menos, seis semanas.

—¡Pero es nuestra luna de miel!

—Está en juego un acuerdo, una empresa de riesgo y ocasión por valor de varios millones —dijo. Se apartó de mí volviendo a su quietud de museo de cera. Yo no era más que una niña; yo no lo entendía—. Además —dijo sin concesiones a mi vanidad herida—, he pasado por tantas

lunas de miel que me parecen el menos apremiante de los compromisos. Sé bien que esta niña, a quien he comprado con un puñado de piedras de colores y pieles de animales muertos, no se escapará.

Pero, cuando llamara a su agente de París para que reservara un pasaje a los Estados Unidos para el día siguiente («Sólo una llamadita, mi pequeña»), tendríamos tiempo de cenar juntos.

Y yo tuve que contentarme con eso.

Un plato mexicano de faisán con avellanas y chocolate; ensalada; un queso blanco y voluptuoso; un sorbete de uvas de moscatel y *Asti spumante*. Una celebración de Krug que estalló festivamente y, luego, un acre café solo en unas tacitas preciosas, tan finas que el líquido ensombreció los pájaros que tenían pintadas. Yo tomé Cointreau y él tomó brandy en la biblioteca, con las cortinas de terciopelo rojo cerradas frente la noche, donde él se sentó en un sillón de cuero junto al titilante fuego y me acomodó en sus rodillas. Me había pedido que me cambiara de ropa y me pusiera el sencillo y pequeño vestido de muselina blanca de Poiret, por el que parecía sentir un cariño especial; dijo que mis senos se atisbaban a través de la ligerísima tela como suaves y pequeñas palomas blancas que durmieran con un rosado ojo abierto. Pero no permitiría que me quitara la gargantilla de rubíes, que cada vez me resultaba más incómoda, ni que me recogiera mi cascada de pelo, el signo de una virginidad tan recientemente desgarrada que seguía siendo una dolorosa presencia entre nosotros. Pasó los dedos por mi cabello hasta que me estremecí. Yo dije, lo recuerdo, muy poco.

—La doncella ya habrá cambiado las sábanas —declaró—. No colgaremos las sábanas ensangrentadas en la ventana para demostrar a Breña que eras virgen; no en estos tiempos civilizados. Pero debes saber que habría sido la primera vez en todas mis vidas de casado que podría haber enseñado esa bandera a mis interesados arrendatarios.

En ese momento comprendí, con gran sorpresa, que era mi inocencia lo que lo había cautivado; la música silenciosa, dijo él, de las muchas cosas que yo desconocía, como tocar *La terraza de las audiencias al claro de luna* en un piano con teclas de éter. Debéis recordar lo inquieta me sentía en aquel lujoso lugar, lo incómoda que había sido la presencia constante de una dama de compañía durante todo mi noviazgo con aquel peligroso sátiro que ahora martirizaba mi pelo suavemente. Me animó saber que mi inocencia le causaba algún placer. ¡Valor! Algún

día actuaré como si los modales de una buena dama me fueran innatos, aunque sólo sea por la virtud de la carencia.

Luego, lentamente y con humor, como si estuviera entregando un misterioso y gran regalo a una niña, extrajo un manajo de llaves de algún bolsillo oculto de su chaqueta. Llave a llave; una llave, dijo, para cada cerradura de la casa. Llaves de todas las clases; enormes y antiguos objetos de hierro negro; otras, delicadas, esbeltas, casi barrocas, finísimas. Llaves Yale para estuches y cajas fuertes. Y, durante su ausencia, era yo quien debía cuidar de ellas.

Miré el pesado manajo con circunspección. Hasta ese instante, no había dedicado un simple pensamiento a los aspectos prácticos del matrimonio con una gran casa, una gran riqueza y un gran hombre, cuyo llavero estaba tan abarrotado como el de un carcelero. Allí estaban las desgarradas y arcaicas llaves de las mazmorras, porque teníamos mazmorras de sobra, aunque las habían convertido en cavas para los vinos de mi esposo, cuyas botellas polvorientas ocupaban todos los agujeros de dolor que horadaban profundamente la roca sobre la que se había construido el castillo. Éstas son las llaves de las cocinas; ésta es la llave de la galería de cuadros, un tesoro familiar acumulado durante cinco siglos de ávidos coleccionistas... ¡Ah! Él había previsto que pasaría muchas horas en ese lugar.

Con un destello de gula, me confesó que se había permitido el lujo de alimentar generosamente su gusto por los simbolistas. Tenía el gran retrato de la primera esposa de Moreau, *Victima expiatoria*, con la huella de las cadenas como de encaje en su piel cristalina. ¿Conocía yo la historia de aquel retrato? ¿Sabía que, cuando se desnudó para él por primera vez, recién salida de su bar de Montmartre, se vistió con un rubor involuntario que enrojeció sus senos, sus hombros, sus brazos, todo su cuerpo? Mi esposo había pensado en aquella historia, en aquella querida joven, cuando me quitó la ropa por primera vez... Ensor, el magnífico Ensor; su lienzo monolítico: *Las vírgenes insensatas*. Dos o tres Gauguin de la última época, siendo su preferido el de la morena en éxtasis en una casa vacía, titulado *Salimos de la noche, vamos a la noche*. Y, además de los cuadros que había añadido él, su maravillosa herencia de obras de Watteau y Poussin y un par de Fragonards muy especiales, adquiridos por un antepasado licenciado que, según se decía, había posado personalmente junto a sus dos hijas para

la brocha del maestro... Entonces, interrumpió bruscamente su catálogo de tesoros.

—Tu fina y blanca cara, *chérie* —dijo él como si me viera por primera vez—. Tu fina y blanca cara, una promesa de libertinaje que sólo un entendido podría detectar.

Un leño se hundió en el fuego, provocando una cascada de chispas; en el ópalo de mi dedo hubo una llamarada verde. Me sentí tan mareada como si estuviera en el borde de un precipicio; tenía miedo, aunque no tanto de él, de su presencia monstruosa, pesada como si al nacer le hubieran concedido una gravedad más específica que al resto; la presencia que siempre me oprimía de un modo sutil, incluso cuando me sentía profundamente enamorada de él... No. No tenía miedo de mi esposo, sino de mí misma. Parecía renacida en sus ojos sin reflejo, renacida en un cuerpo extraño. Apenas me reconocía en su forma de describirme y, sin embargo, sin embargo... ¿no habría un poco de horrible verdad en ella? Bajo la roja luz del fuego, me ruboricé sin que se diera cuenta. Pensé que quizá me había elegido porque, en mi inocencia, había reconocido un raro talento para la disipación.

—Aquí está la llave del aparador de la vajilla... No te rías, querida; en ese mueble hay una fortuna en Sèvres y otra en Limoges. Y una llave para la sala cerrada, con barrotes, donde se guardaban cinco generaciones de platos.

Llaves, llaves, llaves. Me iba a confiar las llaves de su despacho, aunque yo sólo era una niña; y las llaves de sus cajas de caudales, donde tenía las joyas que yo llevaría, así me lo prometió, cuando regresáramos a París. ¡Y qué joyas! Me podría cambiar tres veces al día de pendientes y collares, como la emperatriz Josefina con su ropa interior. Pero dudaba, dijo él con aquel golpe hueco que le hacía las veces de risa, que yo estuviera tan interesada en sus títulos bursátiles, aunque, por supuesto, valían infinitamente más.

Desde el exterior de nuestra intimidad hogareña, me llegó el sonido de la marea que se estaba retirando de los adoquines del paso; se acercaba el momento de que me dejara. En su manojo sólo quedaba una llave por mencionar, y dudó sobre ella. Durante un segundo, pensé que la separaría de sus hermanas, se la guardaría en el bolsillo y se la llevaría con él.

—¿Qué es esa llave? —pregunté, porque el contacto con mi esposo me había vuelto audaz—. ¿Es la llave de tu corazón? ¡Dámela!

Alzó un brazo y la sacudió tentadoramente por encima de mi cabeza, lejos del alcance de mis deseosos dedos. Las comisuras arrugadas de aquellos labios rojos y desnudos esbozaron una sonrisa.

—Ay, no —dijo—. No es la llave de mi corazón. Es más bien la llave de mi infierno.

La dejó en la anilla y sacudió musicalmente el manajo, como si fuera un carillón. Después, lanzó el tintineante montón de llaves a mi regazo. El frío metal me heló los muslos a través del fino vestido de muselina. Él se inclinó y me dio un beso en la frente enmascarado por su barba.

—Todo hombre debería ocultar un secreto, aunque sólo sea uno, a su esposa —dijo—. Prométeme esto, mi pálida concertista de piano; prométeme que usarás todas las llaves del llavero menos la pequeña que te he enseñado al final. Juega con lo que quieras, joyas, vajillas de plata; haz barquitos de papel con mis acciones, si eso te satisface, y haz que zarpen hacia América, en mi busca. Todo es tuyo y todo está abierto para ti... excepto la cerradura que abre esa llave. Aunque sólo es la llave de una habitación pequeña que está al pie de la torre oeste, al final de un estrecho y oscuro corredor lleno de telarañas que se te pegarán al pelo y te asustarán si te aventuras por él. ¡Ah, encontrarías tan aburrida esa habitación! Pero, si me amas, debes prometer que la dejarás en paz. Sólo es un estudio privado, un escondrijo, un cubil, como dicen los ingleses, al que a veces voy en las infrecuentes pero inevitables ocasiones en las que el yugo del matrimonio me pesa demasiado sobre los hombros. Voy allí, como seguro que comprendes, para saborear el raro placer de imaginarme soltero.

Hubo un leve destello en el patio cuando, envuelta en mis pieles, lo acompañé a su automóvil. Sus últimas palabras fueron que había llamado por teléfono a tierra firme para aumentar el personal con un afinador de pianos, y que ese hombre llegaría al día siguiente para asumir sus funciones. Me abrazó contra su pecho de vicuña, una vez, y se marchó en el coche.

Me había quedado adormilada por la tarde y ahora no podía dormir. Me dediqué a dar vueltas y más vueltas en la ancestral cama hasta que otro amanecer decoloró la docena de espejos, irisados por los reflejos del mar. El perfume de los lirios entumecía mis sentidos.

Cuando pensé que, a partir de entonces, compartiría siempre esas sábanas con un hombre cuya piel contenía ese amago pegajoso de humedad, como la de un sapo, sentí una vaga desolación ante el hecho de que, en mí, una vez cerrada mi femenina herida, se hubiera despertado un antojo mareante, como el deseo que sentían las embarazadas de probar carbón, tiza o comida en mal estado: el de volver a gozar de sus caricias. A fin de cuentas, ¿no me había insinuado en su carne, en sus palabras y en su expresión las miles y miles de intersecciones barrocas de la carne con la carne? Estaba en la cama con un compañero desvelado: mi oscura y recién nacida curiosidad.

Estaba sola en la cama. Y anhelaba a mi esposo. Y mi esposo me asqueaba.

¿Habría joyas suficientes en sus cajas de caudales como para indemnizarme por ese aprieto? ¿Serían las riquezas de aquel castillo una recompensa suficiente a cambio de la compañía del libertino con quien las debía compartir? Y ¿en qué consistía exactamente la naturaleza del terror ambulante que sentía hacia aquel ser misterioso que, para demostrar su dominio sobre mí, me había abandonado en mi noche de bodas?

Me senté en la cama, bajo las máscaras sarcásticas de las gárgolas talladas que se alzaban sobre mí, divididas por un amanecer montaraz. ¿Me habría abandonado no por Wall Street, sino por una amante solícita que estaba quién sabe dónde y que sabía darle placer mucho mejor que una niña cuyos dedos sólo se habían ejercitado, hasta entonces, en la práctica de escalas y arpegios? Lentamente, me calmé y me recosté en el montón de cojines, consciente de que el susto de celos que me acababa de dar a mí misma no carecía de un pequeño tinte de alivio.

Por fin, mientras la luz del sol llenaba el dormitorio y espantaba mis preocupaciones, el sueño me pudo. Mi último pensamiento, antes de quedarme dormida, fue para el alto jarrón de lirios junto a la cama, cuyo ancho cristal distorsionaba sus gordos tallos de tal forma que parecían brazos, brazos cortados que se mecían ahogados en un agua vercosa.

Café y *croissants* para consolar este solitario despertar nupcial. Deliciosos. Y también miel, un trozo de panal en un platillo de vidrio.



La doncella exprimió el aromático zumo de una naranja en una copa enfriada, mientras yo la observaba al mediodía desde la perezosa cama de los ricos. Pero aquella mañana no me dio más que algún placer breve, excepto por la noticia de que el afinador de pianos ya se había puesto a trabajar. Cuando la doncella me lo dijo, salté de la cama y me puse mi vieja falda de sarga y mi blusa de franela, ropa de estudiante con la que me sentía enormemente más cómoda que con cualquiera de mis elegantes nuevas prendas.

Al terminar mis tres horas de ensayo, hice llamar al afinador y le di las gracias. Era ciego, por supuesto; pero joven, de boca delicada y ojos grises que se clavaron en mí aunque no me podían ver. Era el hijo de un herrero del pueblo que estaba al otro lado del paso; un miembro del coro de la iglesia, cuyo buen sacerdote le había enseñado un negocio para que se pudiera ganar la vida. Todo, de lo más satisfactorio. Sí. Pensaba que sería feliz en el castillo. Y añadió tímidamente que, si alguna vez le permitían oírme tocar... porque resultó que amaba la música. «Sí, por supuesto», dije yo. «Naturalmente». Pareció saber que yo había sonreído.

Tras despedirlo, me di cuenta de que, a pesar de haberme levantado tan tarde, faltaba mucho para mi té de las cinco. El ama de llaves, que cuidadosamente advertida por mi esposo se había abstenido de interrumpir mi interpretación, me hizo una visita solemne con un menú extenso a manera de almuerzo tardío. Cuando le dije que no lo necesitaba, me miró de soslayo, por encima de su nariz. Comprendí de inmediato que una de mis funciones principales en calidad de castellana era la de proporcionar trabajo al personal. Pero, a pesar de ello, me reafirmé y declaré que esperaría a la hora de la cena, aunque la perspectiva de la solitaria comida me ponía nerviosa. Luego, descubrí que debía decirle lo que quería que me prepararan; y mi imaginación, que seguía siendo la de una colegiala, se amotinó. Un ave con nata... ¿o debería adelantar las Navidades con un pavo lacado? No, decidí. Aguacate y gambas, montones, sin segundo plato. «Pero sorpréndame en el postre con todo el helado que haya en la nevera». Ella lo apuntó todo, pero con desdén; la había escandalizado. ¡Qué mal gusto! Niña como yo era, solté unas risitas cuando se marchó.

Pero ahora... ¿Qué voy a hacer ahora?

Podría haber pasado una hora feliz desempacando los baúles que contenían mis tesoros, pero la doncella ya se había encargado. Los

vestidos, toda la ropa a medida, colgando en el armario de mi vestidor; los sombreros metidos en cabezas de madera, para no perder la forma, y los zapatos, en pies del mismo material; como si aquellos objetos inanimados imitaran la apariencia de la vida para reírse de mí. Me disgustaba quedarme en mi atestado vestidor o en mi dormitorio, lúgubrememente perfumado de lirios. ¿Cómo mataría el tiempo?

¡Me bañaré en mi propio cuarto de baño! Y descubrí que los grifos eran pequeños delfines de oro, con esquirlas de turquesas como ojos. Y había una pecera con peces de colores que nadaban entre frondas de ondulantes algas, tan aburridos, pensé, como yo. Cuánto deseaba que mi esposo no se hubiera ido. Cuánto deseaba haber podido charlar con una doncella, por ejemplo; o con el afinador... pero para entonces ya sabía que mi nuevo rango prohibía los acercamientos amistosos al personal.

Tenía intención de aplazar la llamada tanto como fuera posible, para tener algo que esperar con ilusión en el desolado baldío de tiempo que presentía ante mí después de la cena; pero, a las siete menos cuarto, con el castillo ya envuelto en la oscuridad, mi aguante se derrumbó. Telefoneé a mi madre. Y me sorprendí de mí misma cuando oí su voz y rompí a llorar.

—No, no pasa nada. Madre, tengo grifos de oro.

—¡Grifos de oro! —dije.

—No, supongo que no hay motivos para llorar, madre.

La línea estaba mal; casi no podía entender sus felicitaciones, sus preguntas, su preocupación, pero me sentía algo aliviada cuando colgué el teléfono.

Sin embargo, aún faltaba una hora entera para la cena y todo el desierto extenso e inimaginable del resto de la noche.

El manojito de llaves yacía donde él lo había dejado, en la alfombra de la biblioteca, delante del fuego que había calentado el metal de tal forma que ya no estaba frío al contacto, sino casi caliente, como mi propia piel. Qué descuidada era. La doncella que vigilaba el fuego me lanzó una mirada de reproche, como pensando que yo le había tendido una trampa, cuando recogí el tintineante manojito, cuyas llaves abrían las puertas interiores de aquella cárcel preciosa de la que yo era reclusa y señora a la vez y que apenas había visto. Al recordar eso, sentí la euforia del explorador.

¡Luz! ¡Más luz!

Al contacto de un interruptor, la somnolienta biblioteca quedó brillantemente iluminada. Corrí como una loca por el castillo, encendiendo todas las luces que podía encontrar. Incluso ordené a los criados que encendieran las de sus habitaciones, para que el castillo resplandeciera como una tarta de cumpleaños naval con mil velas, una por cada año de su vida, y que todos los que estuvieran en la orilla se maravillaran al verlo. Cuando todo estuvo tan intensamente iluminado como el café de la Gare du Nord, la transcendencia de las posesiones implícitas en aquel manajo de llaves me dejó de intimidar; porque ahora estaba decidida a buscar en todas ellas las pruebas de la verdadera naturaleza de mi esposo.

En primer lugar, su despacho; obviamente.

Una mesa de caoba de medio kilómetro de anchura, con un cartapacio impecable y una agenda de teléfonos. Me permití el lujo de abrir la caja fuerte que contenía las joyas y hurgué lo suficiente entre las cajas de cuero como para descubrir que mi matrimonio me había dado acceso al tesoro de un genio; pulseras, anillos, juegos enteros de joyas... Ya estaba rodeada de diamantes cuando una doncella llamó a la puerta y entró sin esperar a que yo le diera permiso, una sutil descortesía. Tendría que mencionárselo a mi esposo. La doncella miró desdeñosamente mi falda de sarga.

—¿Se vestirá la señora para la cena?

Yo solté una carcajada y ella hizo un mohín de desdén; era más señora que yo. Pero imaginadlo... ponerme una de mis fantasías de Poirret, con turbantes enjoyados y un *aigrette* en la cabeza, encordado de perlas hasta el ombligo, para sentarme completamente sola en el aristocrático comedor, presidiendo aquella gigantesca mesa de roble donde, según se creía, el rey Marco de Cornualles había alimentado a sus caballeros. Me fui calmando bajo su fría mirada de desaprobación. Adopté las inflexiones crespas de la hija de un oficial. No, no me vestiría para cenar. De hecho, no tenía hambre para cenar. Debía decir a la cocinera que cancelara el festín que yo había pedido. ¿Podían llevar sándwiches y café a la sala de música? No necesitaría de sus servicios esa noche.

—*Mais oui, madame.*

Por su tono apagado, supe que los había decepcionado otra vez, pero no me importó; estaba armada contra ellos por el destello del tesoro de mi esposo. Pero no encontraría su corazón entre las resplandecientes

piedras preciosas. En cuando la criada se fue, inicié un registro sistemático de los cajones de la mesa.

Todo estaba en orden, así que no encontré nada. Ni un garabato perdido en un sobre viejo ni la desgastada fotografía de una mujer. Sólo carpetas de correspondencia de negocios, las cuentas de las granjas, las facturas de los sastres y las cartas de amor de algunos financieros internacionales. Nada. Y aquella ausencia de pruebas de su vida real me empezó a impresionar extrañamente; me dije que, si se tomaba tantas molestas en ocultarlas, debía de tener mucho que ocultar.

Su despacho era una sala singularmente impersonal; daba a la parte interior, al patio, como si mi esposo quisiera dar la espalda al mar de sirenas para tener las ideas claras mientras forzaba la quiebra de un pequeño empresario de Ámsterdam o —lo pensé con un estremecimiento de desagrado— se metía en algún negocio en Laos que, por algunas referencias crípticas al entusiasmo que sentía por ciertas amapolas, en calidad de aficionado a la botánica, tenía que estar relacionado con el opio. ¿Su riqueza no alcanzaba para vivir sin la delincuencia? ¿O es que la delincuencia era su riqueza? En cualquier caso, vi lo suficiente como para apreciar su celo por el secreto.

Tras revolver la mesa de arriba abajo, tuve que dedicar un cuarto de hora a dejar cada carta en el mismo lugar donde la había encontrado. Mientras borraba las huellas de mi visita, metí la mano en un cajón pequeño y, por casualidad, debí de tocar un resorte oculto, porque se abrió un segundo cajón dentro del cajón. Y aquel cajón secreto contenía —¡al fin!— una carpeta donde ponía: «Personal».

Yo estaba sola, salvo por mi reflejo en la ventana sin cortina.

Tuve el breve pensamiento de que el corazón de mi marido, prensado como una flor, carmesí y fino como el papel seda, descansaba en esa carpeta. Era muy delgada.

Quizá, habría deseado no encontrar la enternecedora y mal escrita nota que estaba garabateada en una servilleta de papel de La Coupole, y que empezaba así: «Querido mío, ardo en deseos de que llegue el día en que me hagas tuya por completo». La diva le había enviado una página de la partitura de *Tristán*, el «Liebestod», con un garabato de dos solitarias y enigmáticas palabras: «Hasta que... ». Pero la más extraña de aquellas cartas de amor era una postal con la imagen de un cementerio de pueblo, entre montañas, donde una especie de demonio

de abrigo negro cavaba en una tumba con entusiasmo; la escena, ejecutada con la exuberancia escabrosa del Grand Gignol tenía una leyenda: «Escena típica transilvana. Medianoche. Día de todos los santos». Y, por la otra cara, un mensaje: «Con motivo de este matrimonio con el descendiente de Drácula... recuerda siempre que "el supremo y único placer del amor es la certeza de que uno está haciendo el mal". *Toutes amitiés, C.*».

Una broma. Una broma del peor gusto posible, porque ¿acaso no había estado casado con una condesa rumana? Y entonces recordé su linda y graciosa cara y su nombre, Carmilla. Mi predecesora más reciente en el castillo había sido, al parecer, la más sofisticada.

Guardé la carpeta, desembriagada. Nada en mi vida de amor y música de familia me había preparado para esos juegos de adultos; y, no obstante, eran pistas sobre el ser de mi esposo que, al fin, me revelaban lo mucho que lo habían amado, aunque no revelaban ningún buen motivo para ello. Pero aún quería saber más y, mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo, los medios para descubrir más cayeron ante mis ojos.

Cayeron, sin duda; y con el estruendo de una cubertería, porque de algún modo, mientras giraba la lustrosa cerradura Yale, me las ingení para abrir la anilla de las llaves, de tal manera que éstas se soltaron y cayeron al suelo. Y la primera llave que recogí de aquel montón fue, por un golpe de suerte o de mala suerte, la llave de la habitación que él me había prohibido; la habitación que se reservaba para poder ir a ella cuando necesitaba sentirse soltero otra vez.

Tomé la decisión de explorarla y sentí un leve resurgimiento de mi mal definido temor a su cérea acinesia. Es posible que, entonces, medio imaginara que existía la posibilidad de que me encontrara con su verdadero yo en el cubil, esperando a ver si yo le había obedecido; que él hubiera enviado una figura móvil de sí mismo a Nueva York, el enigmático y autosuficiente caparazón de su ser público, mientras el hombre real, cuya cara había vislumbrado yo en la tormenta del orgasmo, se mantenía ocupado con apremiantes asuntos personales en el estudio que estaba al pie de la torre oeste, detrás de la despensa. Pero, de ser así, era fundamental que yo lo encontrara, que lo conociera; y estaba demasiado engañada por su afecto como para pensar que mi desobediencia pudiera disgustarlo de verdad.

Saqué del montón la llave prohibida y dejé el resto en el suelo.

*La cámara sangrienta*, publicada originalmente en 1979, es una colección de diez relatos explícitamente basados en cuentos de hadas, en especial, de Charles Perrault, pero también de Jeanne Marie Leprince de Beaumont, del folclore europeo, e incluso de la radionovela, con claras influencias de la narrativa del Marqués de Sade.

Su autora, Angela Carter, afirmó que se sentía impelida a escribir «cuentos góticos, cuentos crueles, cuentos de terror, narrativas fabulosas que tratan directamente del imaginario del inconsciente». Pero Carter no se limitó a versionar cuentos de hadas desde una nueva perspectiva, sino que los recreó por completo «al extraer el contenido latente de los cuentos tradicionales y usarlo como punto de partida de nuevas historias [...] y el contenido latente es violentamente sexual».

Así, estos relatos ahondan en temas de feminismo y metamorfosis, con un énfasis especial en los roles de las mujeres en las relaciones, en los aspectos inmorales y perversos del matrimonio y el sexo, y en el equilibrio de poder en esas relaciones. La ilustradora chilena Alejandra Acosta ha puesto sus lápices al servicio de estas historias sorprendentes y necesarias, convirtiendo este clásico en una obra, si cabe, infinitamente más bella.

Como muchos críticos han comentado en las últimas décadas, el motivo por el que *La cámara sangrienta* deslumbra con brillantez es que consigue ilustrar un argumento feminista realmente moderno: que las mujeres tienen un poder y unos derechos inherentes, así como la responsabilidad de utilizar el primero y reivindicar los segundos. Y con su trabajo, Carter y Acosta lo han demostrado sobradamente.

ANGELA CARTER, narradora y periodista inglesa (1940-1992), destacó como escritora de cuentos en los que se observa la influencia de las historias populares y el psicoanálisis. *Amar, Venus Negra, El Doctor Hoffman y las infernales máquinas del deseo, Fantasmas de América y maravillas del Viejo Mundo y Héroes y villanos* son algunas de sus obras destacadas. *En compañía de lobos* y *La juguetería mágica* han sido llevadas al cine.

ALEJANDRA ACOSTA (Chile, 1975). Ha trabajado como directora de arte en diversas revistas y se dedica a la ilustración y la docencia universitaria. Su obra fue Mención Honorífica en el Concurso Internacional de Álbum Ilustrado A la Orilla del Viento 2009, y ha sido finalista del Premio Internacional de Álbum Ilustrado Compostela 2012.



sexto piso ilustrado

ISBN 978-84-15601-56-2

